

¡Risueña perspectiva para una familia virtuosa y desolada!

—¡Cuár. dichosas somos mi hermanita y yo al sentir tus caricias! —dijo Teresita—. ¡Hacía tanto tiempo que estábamos privadas de ellas!

—¡Sois dos ángeles que me envía Dios para consolarme! —exclamó Diego enternecido—. Tened, hijas mías, tened: todo este dinero es para vosotras y para vuestra madre. Y les dió algunas monedas que tenía en el bolsillo.

—¡Si vieras cuánto ha llorado la infeliz por ti!

—Sí; pero en lo sucesivo no habrá llanto, sino alegría y placer. Hace mucho tiempo que estoy de suerte y que gano —añadió con misterio—. Podéis, pues, ir tranquilas, y mañana seréis ricas, poderosas, porque voy a ganar hoy muchos miles..., ¡muchos...! Idos... Adiós.

Y apartándose de sus hijas, se acercó a la mesa, diciéndole al criado:

—Volvamos a jugar.

Estas palabras helaron el corazón de Elisa.

Se habían desvanecido las lisonjeras esperanzas concebidas hacía un momento.

Su esperado alivio no había sido más que un lúcido intervalo, tan instantáneo como la luz que despide el relámpago.

—Al cinco todo lo que tengo—dijo colocando sobre una carta el dinero falso que tenía sobre la mesa.

El criado corrió la baraja y gritó:

—El cinco mozo.

Diego se sonrió como un insensato, mientras contaba las monedas que el criado le entregaba.

—¡No hay remedio!—exclamó afligida Elisa.

A esta exclamación volvió iracundo la vista Diego, y gritó, dando un fuerte puñetazo en la mesa:

—¡No he dicho que se vayan, que me dejen jugar por la última vez?

Julia y Teresita se estremecieron, y se arrimaron a su mamá.

—Retirémonos, señora —dijo el administrador—; es preciso no contradecirle, porque se irritaría hasta el frenesí, y esto nos alejaría más y más de su curación; es preciso condescender, para ver si conseguimos, por medio de la dulzura, atraerlo a la razón.

Elisa, atribulada y afligida, envió una mirada de compasión y de cariño a su desventurado esposo, y se alejó en medio de sus hijas y prensado el pecho de dolor, de aquel

sitio en que dejaba al que en un tiempo fué su amor, sus ilusiones, el bello ideal de su existencia.

Núñez y el administrador la seguían enternecidos.

—¡Ah!, ¡siempre lo mismo! —exclamó Elisa—. Vengo con la dulce esperanza de permanecer a su lado largo tiempo, y apenas me es dado estar un instante.

—Pero siquiera hemos tenido el gusto de verlo, mamá; de que nos haya abrazado—dijo Julia.

—Sí, hijas mías; ha sido un placer para mí veros acariciadas por vuestro desgraciado padre. ¡Os amaba tanto antes de que esa funesta pasión al juego lo dominara! ¡Cuántas víctimas ha hecho ese insaciable vicio!

—Infinitas —interrumpió el administrador—. No hace mucho que condujeron a esta casa, delirante y frenético, a un anciano, cuyo hijo se había suicidado por haber perdido al juego cuanto poseía.

—Y ese desventurado padre, ¿ha recobrado el juicio?—preguntó Núñez.

—Sí, por fortuna; fué un exceso de dolor y de sentimiento el que lo agitó por espacio de dos días: en su delirio no veía más que a su hijo exponiendo a una carta la suerte de su familia, y luego revolcándose en su sangre... Pero el médico lo atendió con tiempo y con acierto, y mañana mismo volverá sano y bueno a la posada en que vivía.

—¿Y es persona de suposición?

—En mi concepto, es de vasta instrucción, de considerable fortuna y de un alma noble y generosa.

—¿Y está en el departamento de los dementes?

—No, señor; está en habitaciones separadas que hay arriba; ahora que voy a tener el gusto de enseñarles a ustedes el edificio, aprovecharé la oportunidad de presentarles a él.

Diciendo esto, volvieron hacia la puerta de salida por los mismos patios y corredores que habían atravesado; al verse en el portal del edificio, tornaron a la izquierda, y por una espaciosa y descansada escalera de piedra, subieron a unos espaciosos corredores, donde se encontraba paseando un hombre vestido de riguroso luto.

Era un anciano de venerable aspecto, de modales distinguidos y de fisonomía dulce, pero velada por un tinte de dolorosa melancolía, que interesaba en su favor.

Núñez fijó la vista en él, dió un grito de sorpresa y corrió a su encuentro, al mismo tiempo que el anciano, asombrado también, le abría los brazos para recibirlo.

—¡Señor Núñez...!

—Don Manuel Turón! ¡Mi antiguo y apreciable principal! — dijo Núñez, asombrado de aquel encuentro.

Y ambos se abrazaron como dos buenos amigos que se ven después de una larga ausencia.

—Pero, ¿qué me anuncia ese luto? —continuó Núñez fijando la vista en el traje del anciano—. ¿Ha muerto, por desgracia, vuestra digna esposa?

—No —respondió don Manuel con voz conmovida—; quien ha muerto, y de la manera más desgraciada, suicidándose hace pocas noches, ha sido mi pobre hijo, a quien encontré en la feria de Tlalpan, hecho un miserable, sin un real, y poniendo a una carta el retrato de su amante madre.

—¡El juego! —exclamó Elisa horrorizada.

—Sí —contestó el anciano conmovido—. ¡El juego! ¡El juego le absorbió cuanto poseía; el juego le hizo que dejase perecer de miseria, de hambre y abandonada, a su virtuosa esposa, y a una inocente criatura, que expiró moriendo el seco pecho de su moribunda madre; y el juego, en fin, le puso en las manos el arma fatal que lo condujo a la eternidad!

Elisa, sus tiernas hijas y Núñez, se horrorizaron.

—¿Luego era él quien se encontró muerto en el callejón de Mecateros, y que todos creyeron que lo habían asesinado?

—¡El mismo! — dijo el anciano, con el acento de la mayor tristeza.

—¡Desgraciado!

—¡Ah!, y no sólo me condena a vivir en el llanto y el dolor, sino que me expuso a perder la razón y a que fuese un insensato..., ¡un miserable loco! ¡Oh! Sí; el sentimiento y la sorpresa me habían causado una sensación tan profunda y violenta, que llegué a perder por dos días el juicio... Entonces, como que nadie me conocía, y en la posada no había local, ni proporción de atenderme en todo, me condujeron a este sitio, donde, merced a los acertados y eficaces remedios de un médico prudente y entendido, conseguí recobrar la razón, que estuve próximo a perder para siempre.

—¿Y cuándo ha dispuesto usted salir de este edificio?

—Mañana mismo; he tomado una casa en la primera calle de Plateros, número 6, y allí me ofrezco a su disposición.

—Mil gracias.

—Traigo algunos negocios que arreglar antes de volver-

me a Guadalajara, y quiero tener, donde viva, todas las comodidades posibles.

—Hace usted perfectamente —contestó Núñez, y después de darle las señas de la casa en que él vivía, poniéndola a su disposición y de ofrecerle que iría a visitarlo, se despidió de su antiguo principal y del atento administrador, dió el brazo a Elisa, junto a la cual iban Julia y Teresita, bajó la espaciosa escalera, subieron al coche que habían dejado en la puerta de la calle, y poco después se alejaban de aquel lúgubre recinto, donde tantas emociones habían sentido.

CAPITULO IV

La gaceta viviente

—¿Ya sabe usted lo que ha sucedido, querida y antigua vecina?—dijo, entrando en casa de Elisa, la en un tiempo mercachifle doña Anita, y portera ahora de la casa contigua a la de la esposa de Diego.

—No, doña Anita, nada sé; hace poco que llegué de la casa de dementes, y no he tenido tiempo de ocuparme de otra cosa que de dar de cenar a mis pobres criaturas, que se acaban de acostar.

—Pues ha sucedido una cosa la más atroz, mi alma.

—¿Cuál?

—¿Se acuerda usted del señor don Felipe Flan, aquel rico comerciante tan bondadoso con todo el mundo?

—Sí, señora.

—Pues fué asesinado anoche en su cama.

—¡Dios mío!

—¿Y sabe usted por quién?

—¿Cómo quiere usted que adivine?

—Asómbrese usted, mi alma; ¡vamos, si lo que no se ve en estos tiempos! Por nuestro antiguo vecinito Félix.

—¡Por su dependiente!

—Sí, mi alma, por su dependiente. ¡Vamos, si eso horroriza! ¡Oh!, si la desmoralización ha cundido por todas las clases. Pero no hay cuidado; pronto pagará su delito, pues ya está a buen recaudo y en poder de la justicia.

—Pero eso no puede ser.

—Lo mismo me resistía yo a creerlo, pues como soy una señora, no comprendo cómo se pueda cometer una mala